

La mujer del poeta

Antonio Pereira. Cronista de Villafranca

«Ángeles de mi luz, serena boca»
Ramón González-Alegre

No trajo la noticia el repartidor de Telégrafos, no ocurrió «por la ladera azul del telegrama», que dijo en sus versos Gerardo Diego. Lo supe por una llamada familiar y, casi al mismo tiempo, me llega una carta de Vigo con la noticia de que ha muerto Ángeles Burgueño, la mujer -siempre me he resistido a decir la viuda del poeta que en efigie preside la Herradura del jardín de Villafranca. La carta es sencilla, directa, con la emoción justa en que saben contenerse los de nuestro pueblo. Viene firmada por Alberto González-Alegre Burgueño, con una frase final en que se me autoriza a que traslade la noticia a otros amigos. Y está claro que no se lo debo decir a éste o a aquel, la muerte de la mujer del poeta es un tema triste que nos toca a todos. El pliego quedará conmigo, custodiado junto a la jugosa correspondencia con que Mancho me favoreció. Y el texto es así de limpio y hermoso:

«Querido Antonio Pereira: Soy Alberto, el hijo pequeño de Ramón, pero te escribo en nombre de todos mis hermanos. Se nos acaba de morir mamá.

Sabemos bien, por la propia memoria y por tus envíos, que la querías mucho, que ni ella ni Ramón fueron un trámite en tus recuerdos como tampoco tú lo eres en los nuestros, por eso queremos ahora darte la noticia triste, compartir contigo la emoción y el recuerdo de quien para ti era Ángeles, alegre, preciosa, inteligente.

No, no estaba mal. Le habían diagnosticado una obturación arterial severa. La operación no parecía complicada pero sobrevino una hemorragia tras la intervención que los médicos no pudieron controlar y se nos quedó en el quirófano. Las pocas horas anteriores de la hospitalización, nadie podía imaginar lo que pasó, fueron de charla normal, con recuerdos, claro, pero festejando con risas que hubiese ganado el Celta. Lo último que nos contó fueron cosas recientes de Villafranca. Había estado en septiembre, feliz comiendo higos y convenciendo a su hermano Rafa de que aún era posible hacer una fuente de cerezas de la huerta.

Resumimos un poco en ti -no estamos para demasiada correspondencia- a todos los amigos de papá y de Ángeles que lo fueron de verdad. Si te sale y lo consideras, comunica tú la noticia a otros amigos. Un fuerte abrazo agradecido de Mancho, Caque, Ana y mí, Alberto».